

**Ivan Illich historiador y crítico de la tecnología:
El tiempo de CIDOC: lo que las herramientas *hacen***
Jean Robert

Contribución a la mesa redonda
La convivencialidad en la era de los sistemas
Jardín Borda, sábado 1º de diciembre 2007

Alrededor de 1990, Ivan Illich solía decir que en los años de CIDOC, antes de 1980, había estudiado lo que la tecnología *hace* y que después de esta fecha, lo interesaba lo que la tecnología *dice*. Había pasado del análisis de sus consecuencias materiales al de los efectos simbólicos de la tecnología. Pero, en sus pláticas de CIDOC, casi no usaba el término de tecnología sino que hablaba, muy concretamente, de *herramientas*. Definía las herramientas como *medios instrumentales*, materiales o sociales, que permiten a *sujetos* individuales o colectivos alcanzar *fines personales*. Reconocía una *doble libertad* que parecen ignorar los que hablan de tecnología: una herramienta se puede *tomar* en mano o se puede *dejar*. El poder de *dejarla* no es menos importante que el de *tomarla*.

En sus años de Cuernavaca, en el tiempo del CIDOC, con la disciplina metodológica que era la marca de su trabajo, Illich se dedicó, a “leer” lo que las *herramientas*, los *instrumentos*, la *tecnología hacen* a sus clientes y a la sociedad. Pero, creo que los auditores tienen una primera pregunta: en aquellos años, Illich escribió sucesivamente *Una sociedad sin escuela*, *Némesis médica*, *Energía y Equidad* y *La convivencialidad*. ¿Hablan éstas obras de tecnología? ¿Son las escuelas, los hospitales, las carreteras realmente herramientas? La respuesta es que, en la época en que escribió lo que llamara sus “panfletos”, Illich, lo creía.

Para él, en esta época, una herramienta era un *artefacto material* o un *dispositivo social* diseñado para alcanzar determinado *fin*. Un martillo, pero también una escuela respondían igualmente a esta definición, que, digamos lo muy claramente, **permite incluir las *instituciones* en la categoría de la *herramientas***. Por tanto, una escuela podía ser definida como una *herramienta para aprender*, un hospital, como una *herramienta para sanar*, a disposición de sujetos individuales o colectivos, un vehículo, como una *herramienta para desplazarse*. Este *prejuicio de instrumentalidad* en el análisis de las instituciones revelará ser extremadamente fructífero pero también, si creemos la autocritica tardía de Illich – en mi opinión exagerada – causa de una confusión esencial. Pues, en esta etapa, Ivan Illich había definido las herramientas como *medios instrumentales* que permiten a *sujetos* individuales o colectivos¹ alcanzar *finés personales*. Recuerden: *instrumentalidad*, *subjetividad* del usuario y *carácter personal* de sus fines son tres características que tiene que presentar todo artefacto o dispositivo social llamado *herramienta*. Características implícitas, raras veces explicitadas y generalmente consideradas como *universales*. En ésta fase de su historia, Illich también las consideraba universales. Sin embargo, perdonen la repetición, reconocía implícitamente la *doble libertad* que debe permitir toda verdadera *herramienta*: debe ser accesible y se debe poder dejarla; un martillo regresa a su caja después de uso, no transforma su usuario en subsistema de un sistema martillo-hombre. Pero, ¿Qué tal una escuela? ¿Cómo hacerla regresar a su caja de herramienta después de uso? El autor de *Una sociedad sin escuela* tenía respuestas a esta pregunta, recuerden por ejemplo su invitación a escapar al *currículo oculto* de la institución escolar y su propuesta de *bonos* (“vouchers”) de estudio independientes de la edad. Pero el mismo Illich se daba cuenta de que mantener el principio de

¹ Excluyendo las agrupaciones anónimas y de tamaño ilimitado, como por ejemplo las S.A.

doble libertad respecto a “herramientas” que son instituciones es un dilema que puede parecer insoluble.

En años ulteriores, Illich descubrirá que esta doble libertad sólo puede estar garantizada por una *distancia* entre la herramienta y el cuerpo de quien la usa. Para hablar de esta distancia, Illich introducirá el término técnico de *distalidad*². En mi opinión, ésta fue una contribución mayor de Ivan Illich a la historia y a la filosofía de la tecnología, una contribución que sólo empieza a revelar sus posibilidades. Ahora bien, es muy fácil evaluar la distancia entre el martillo y mi mano, pero ¿a que distancia de mi cuerpo mantengo una escuela, un hospital, una autopista? Si no los puedo mantener a distancia, ¿no significa que pertenecen a un *dispositivo de distalidad* que ya no es el de la instrumentalizada? En sus últimos años, Illich contestará esta pregunta afirmativamente y elaborará un criterio material para distinguir una *herramienta*, que siempre obedece a una *finalidad subjetiva*, de un *sistema*, cuya “finalidad” es inhumana y objetiva y cuya *distalidad* es colapsada.

No corramos demasiado rápido. Estamos en Cuernavaca, alrededor de 1975. Durante los años de Cuernavaca, Illich quería analizar *lo que las herramientas hacen*. Insisto en la *literalidad* del verbo *hacer*: las herramientas tienen efectos materiales. Por cierto, tienen también efectos culturales o simbólicos y el análisis de los efectos materiales y sociales no se puede separar estrictamente del estudio de los efectos simbólicos. Pero, lo que significa la expresión *lo que las herramientas hacen*, es que el análisis tiene primero que mantenerse en el sentido *literal*, evitando por el momento

² La *distalidad* es la distancia entre una parte de un todo y el punto del todo considerado como central. Hay una *distalidad* entre la mano y el centro del cuerpo. La *distalidad* de una herramienta es su distancia al cuerpo, o mejor dicho su separación material y conceptual de él. Con su amigo, el historiador alemán Ludolf Kuchenbuch, Illich hablaba de *instrumentum separatum*, herramienta separada (del cuerpo) para definir el tipo de herramienta que se volvió pensable a partir del siglo XII. De ahí hasta el fin del siglo XX, esta separación conceptual, esta distancia o “distalidad” caracterizará todo lo que podrá ser llamado “instrumental” o “tecnológico”. Ver Ivan Illich y David Cayley, *La corruption du meilleur engendre le pire*, Actes Sud, Arles, 2007, p. 324, note 2.

toda interpretación simbólica. Illich tuvo el valor de mantener esta decisión contra las exhortaciones de sus mejores amigos y colegas. Sintomático de su disciplina fue su rechazo, en una discusión con Wolfgang Sachs en 1974, de fundar su crítica sobre cualquier *imagen* predeterminada *del hombre*. En esta época, Illich leía, por decirlo así, el sentido literal de la historia de la tecnología. Claro que otros sentidos alegóricos, simbólicos o culturales tocaban a la puerta. Pero Illich siempre reconducía su mirada hacia *lo que se ha hecho, cuándo se ha hecho, dónde se ha hecho y quienes lo han hecho*. Considero que, otra vez, esta voluntad casi escolástica de establecer una *distinción* fue una decisión fructífera. Cuando abordará la vía interpretativa, es decir el análisis de los que las instituciones *dicen* a sus *clientes* y a la sociedad, podrá mostrar que, precisamente, fomentan una *imagen del hombre* y la *imputan* a sus *clientes*. Como en esta época, las instituciones estaban aun controladas por *profesionales*, ésta imputación será analizada como el momento principal de la relación *profesional-cliente*: las escuelas fomentan e imputan la imagen de *homo educandus*, los hospitales la de *homo iatrogenicus*, las instituciones de transporte la de *homo transportandus*, variaciones todas de la imagen del hombre sometido cuerpo y alma a la ley de escasez: *homo oeconomicus*. Haber incluido estas imputaciones en el análisis de lo que se *hace* hubiera sido como poner el arado frente a los bueyes o como cometer una *petitio principii*.

Voy a repetirme, en la esperanza de dejar las cosas bien claras:

El definir una herramienta como un artefacto o un dispositivo social para alcanzar determinado fin, permite incluir las instituciones en la categoría de la herramientas.

Por tanto, una escuela podía ser definida como una *herramienta para aprender*, un hospital, como una *herramienta para sanar*, a disposición de sujetos individuales o colectivos, un vehículo, como una *herramienta para desplazarse*.

Dejemos provisionalmente a un lado la dificultad de que no vemos como el principio de *doble libertad* se puede aplicar a las instituciones mencionadas. ¿Como devolver a su caja, después de uso, “herramientas” que son escuelas, hospitales, autopistas? Con ello, tocamos con el dedo el dilema del análisis de las herramientas de Iván Illich en los tiempos de CIDOC. Este dilema, Illich, lo abordó, en esta época, mediante una comparación de las *finalidades oficiales* de las instituciones con sus *efectos reales*. De hecho, lo más de las veces, hacen exactamente lo contrario de lo que sus clientes esperan de ellas: las escuelas arruinan la curiosidad de sus alumnos, desalientan el aprendizaje autodidacta y fomentan la pasividad; los hospitales enferman y destruyen los conocimientos médicos no profesionales; los transportes producen estancamiento y parálisis de los pies.

Illich forjó una herramienta conceptual rigurosa para describir lo que *hacen* realmente las instituciones. Es el concepto de *contra-productividad*. La definió como la *sinergia negativa* de actos *autónomos* y de sus sustitutos *heterónomos*. El caso de los transportes es ejemplar, porque nos ofrece una verdadera radiografía de los *mecanismos* de la contra-productividad. El *tráfico* real es la sinergia de una capacidad *autónoma* casi universal, la de caminar, y de un sustituto *heterónimo* de ella, el transporte. Teóricamente, esta *sinergia* podría ser positiva (el transporte añadiría nuevas posibilidades al ampliar el rango de los desplazamientos factible sin estorbar la capacidad de caminar) o negativa (el transporte se sustituye a la marcha, que vuelve inefectiva, peligrosa y hasta imposible). Existe un *umbral dimensional* más allá del cual la sinergia pasa *inevitablemente* a ser negativa. La contra-productividad es por tanto la *sinergia negativa* entre *autonomía* y *heteronomía*. Es un despojo despiadado de los que sólo cuentan con sus pies para desplazarse. Un análisis comparable permitió a Illich definir la contra-productividad de las escuelas, de los hospitales, de las agencias de construcción de viviendas

Los tres aspectos de la contra-productividad

En colaboración con el economista francés Jean-Pierre Dupuy, Illich elaboró un concepto analítico en tres momentos del cual el economista Edmond Malinvaud dijo que va más allá del concepto de los bienes de calidad variable de la llamada *théorie de l'encombrement*:

- la *contra-productividad técnica* es una sinergia negativa de los *outputs* entre si (por ejemplo el congestionamiento, en que cada vehículo más en las vías hace perder al conjunto de los otros hasta diez veces el tiempo que pasará en ellas);
- la *contra-productividad social* es una relación entre hombres y *outputs* que es destructora de la autonomía (la medicina destruye los conocimientos no profesionales, el transporte destruye la capacidad de caminar);
- la *contra-productividad estructural o paradójica* de las instituciones de servicio (transportes, escuelas, hospitales) destruye la capacidad de *imaginar* que las cosas podrían ser distintas; la generalización de la contra-productividad estructural arruina la posibilidad misma de la acción política y esta destrucción es un arma del poder contra los ciudadanos.

Cuando Illich decía estas cosas alrededor de 1975, parecía un profeta de mal agüero. Durante memorables debates sobre la medicina en Francia, un Dr Péquignot se mofó del “universo endiabrado de Ivan Illich”, donde las escuelas atontan, los hospitales enferman y los instrumentos de la velocidad hacen perder tiempo. Lo que parecía caricatural en 1975 se ha vuelto perogrullada un tercio de siglo después. Pero, nos dirá el Illich de los últimos años, **al realizarse la predicción, el análisis se ha vuelto obsoleto**. Y esto es una dificultad mayor del estudio de Ivan Illich: a la hora en que sus tesis se verifican, parece sugerir que ya no son válidas tales como las formuló, porque “pasamos un umbral”, asistimos a un “deslice de tierra” epistémico, en breve, “cambiamos de época”. Pero otra vez, no nos adelantemos: he prometido seguir la vía de la lectura literal y limitarme al estado del análisis de Illich en los tiempos de CIDOC.

Finalmente, Illich propuso un concepto remedial, el de *convivialidad* o *convencionalidad*. Aun si el concepto se ha popularizado como una palabra popular

que define cierta calidad de las relaciones entre personas, el término se aplicaba originalmente a una sociedad equipada de cierto tipo de herramientas:

Llamo sociedad convivencial a aquella en que la herramienta moderna está al servicio de la persona integrada a la colectividad y no al servicio de un cuerpo de especialistas. Convivencial es la sociedad en la que el hombre controla la herramienta³.

Existen *umbrales dimensionales* fuera de los cuales ninguna herramienta puede ser convivencial porque concentra demasiado poder bajo el asiento del pasajero, o porque requiere una administración pesada o tiránica, o porque su manejo requiere demasiados profesionales y burócratas. Más allá de los umbrales dentro de los cuales la herramienta moderna *puede* ser convivencial, *es*, necesariamente, *contra-productiva*.

Para terminar, me queda insistir sobre una característica del planteamiento de Illich en la época de Cuernavaca a la cual hice alusión sin explicitarla. Hemos visto que, para él en este momento, la instrumentalidad que funda la era tecnológica era aun un universal, una característica de todos los hombres en todas las épocas: *homo* era aun *homo technologicus*, *man*, the *toolmaker*. Deduzco de ello que, tanto el concepto de contra-productividad como el de convivencialidad llevan la marca de éste prejuicio de *a-historicidad*. En el taller de profundización titulado “De la edad tecnológica a la edad de los sistemas”, lunes 3 de diciembre en la Universidad La Salle, trataré de exponer como el golpe que fue para Illich el descubrimiento del carácter histórico de la tecnología sacudió su edificio conceptual hasta sus bases.

Sólo quisiera añadir que, originalmente, es para iniciar esta clarificación que hemos convocado éste coloquio y que lo hemos titulado *la convivencialidad en la edad*

³ Ivan Illich, *La convivencialidad*, Posada, México, 1978, p. 14, 15.

de los sistemas. Una de las preguntas inmediatas que quisieramos plantear es: si es cierto que hemos salido de la era tecnológica para caer a algo potencialmente más peligroso, ¿son aun pertinentes los conceptos otrora tan fértiles de contra-productividad, de umbrales dimensionales, de límites políticos y de convivencialidad, ya que éstos presuponían una universalidad a-histórica de la instrumentalizad y, por tanto, de la tecnología?